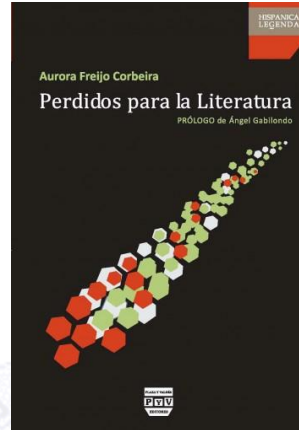


DE LO ÍNTIMO Y LO INDÓMITO

Juan Carlos Pérez Jiménez¹

Universidad Europea de Madrid - Director de Imagen en RTVE, MADRID



Aurora Freijo Corbeira, *Perdidos para la literatura*. Prólogo de Ángel Gabilondo. Editorial Plaza y Valdés, 2011, 163 páginas.

¿Cómo decir una vida? Este ensayo de Aurora Freijo Corbeira, *Perdidos para la literatura*, va directo a la pregunta primera y principal de la existencia: ¿Quién soy? En su determinación por responder, se sube a hombros del filósofo francés Paul Ricoeur y de la literatura más contemporánea. Y desde ahí, consigue ir desgranando certeras aproximaciones, tan reveladoras como inquietantes.

Una respuesta primera: Somos pura trama. La autora nos recuerda que con Aristóteles aprendimos a contarnos como una fábula, con *relatos unificantes* que integraban todo lo discordante de una vida. Narraciones ordenadas y soportables, con su inicio, su parte media y su final. Con sus efectivos

¹ **Juan Carlos Pérez Jiménez** nació en Málaga en 1964 y vive en Madrid. Es doctor en Ciencias de la Información, licenciado en Sociología Política y *Master of Arts* por la Universidad de Wesleyan (Estados Unidos). Actualmente, se encuentra en periodo de formación en la Escuela Lacaniana de Psicoanálisis de Madrid.

Ha publicado los siguientes libros: *La mirada del suicida. El enigma y el estigma* (Plaza y Valdés 2011), *Los hijos de Marte y la cultura del miedo*, Premio Internacional de Ensayo Miguel Espinosa, *Síndromes modernos. Tendencias de la sociedad actual* (Espasa 2002, con prólogo de Vicente Verdú), *futuro.com Utopía y paranoia ante las nuevas tecnologías*, Premio de Ensayo de la Junta de Extremadura 1999, *Imago Mundi. La cultura audiovisual* finalista del Premio Fundesco de Ensayo 1996 y *La imagen múltiple* (Julio Ollero Editor, 1995).

Como profesor titular del departamento de Tecnologías de la Comunicación de la Universidad Europea de Madrid, ha sido director del programa de doctorado de la facultad de Ciencias de la Comunicación. En su trabajo en televisión, es actualmente responsable de la Dirección de Imagen de TVE. Con anterioridad, ha desempeñado diversos cargos en distintos medios de comunicación.

ingredientes clásicos: la *peripezia* que invierte el sentido de la acción, la *agnición* que nos revela lo ignorado, el lance patético... Nuestra identidad se ha venido apoyando en ese modo de narrar para contestar a la angustiada pregunta por la identidad, para justificar biografías. Necesitamos narraciones soportables, que satisfagan nuestra pasión por la ignorancia. Pero algo nos dice que *somos insoportables* (p. 50). La autora nos lanza la advertencia de que los retratados en ese relato redondo y cerrado no somos realmente nosotros.

Lo saben también los escritores que se han procurado otros modos de narrar y que son los que Freijo disfruta y aconseja. Esos autores intentan construir otro discurso para dar respuesta a ese quién soy que la narración tramada no consigue satisfacer. Son autores de *memorias destejidas* como Coetzee; de *narraciones desintrigadas* como Peter Handke, Josef Winkler o Herta Müller; de escritos *próximos al silencio*, como Jabès o Celan. Con estas lecturas que nos señala, podremos armar una nueva biblioteca que nos ayude a ser contemporáneos a la vez que intempestivos, guardando la distancia necesaria con el tiempo que nos ha tocado vivir; para intentar averiguarnos y no simplemente ordenarnos en una biografía complaciente. Lispector, Kristof, Lessing, Houellebecq, McCarthy o Innerhofer figuran también entre sus intereses. Y a ellos hay que sumar a pioneros de la discordancia como Joyce, Melville, Proust o Faulkner, que abrieron sus textos a la dispersión, la desarticulación, la dislocación. En suma, a la *decepción* de relatos que ni sostienen ni acomodan. Todos ellos participan de la idea de que hay una ausencia en la trama clásica, cuya misión no ha sido otra que ordenar y domesticar relatos.

Si aceptamos con Heidegger que el lenguaje es la casa del ser, que habitamos el lenguaje, aún nos resta averiguar qué queda fuera de esa morada. Fuera de la casa, de la *domus* que nos da sentido y razón, está lo *indómito*, el ruido y la furia de los que habla Macbeth, como parte integrante y decepcionante de lo que somos. “La vida no es más que una sombra andante (...) Es un cuento relatado por un idiota, lleno de ruido y furia, sin ningún significado”, dice ya Shakespeare anticipando esa verdad que otros muchos narradores no supieron recoger. Y contra lo indómito sólo se nos ocurre poner orden. Mucho orden.

Eso que no cabe en la casa del lenguaje es lo que desatiende la literatura estructurada según la trama clásica aristotélica. Y lo indómito conecta con lo increíble recogido en la enseñanza de Lacan, un aprendizaje que palpita también bajo este texto filosófico. Con un manejo virtuoso de las palabras, la autora nos aporta un hallazgo que resume cómo nos vemos obligados a aceptar la herida narcisista que marca el tránsito del privilegio del *ser singular* a la angustia de *ser sin lugar* (p. 41).

Sólo cuando la palabra se abre a lo *íntimo*, como dice José Luis Pardo -otro referente para este texto-, se puede recuperar algo de eso que queda fuera. Sólo cuando el habla compromete al cuerpo, cuando el decir poético hace su aparición, podemos aspirar a más verdad. Porque es la palabra poética la que dice con más voz el secreto de la intimidad. Cualquier otro empecinamiento racional por explicarnos sólo consigue “apacentarnos de viento”, en la

afortunada expresión de Sánchez Ferlosio que recoge Aurora Freijo. Y sólo con el hermanamiento de filosofía y poesía lograremos que el pensamiento “arda con el fuego viviente de la palabra poética” (p. 114).

Con prólogo de Ángel Gabilondo, más que una introducción al uso encontramos de su mano una declaración de amor por el libro y por la autora. Concretamente la declaración de “un amor que es más la búsqueda que la posesión” (p. 17). Como un extra más, el libro aparece entreverado de evocadoras imágenes de creadores contemporáneos, que completan su propuesta discursiva con lo intangible y lo indecible del arte. Lo mejor de los hermanos Chapman y de Hirst, *performances* de Francis Alÿs y de Yves Klein y trabajos seminales de Rauschenberg o Morris entre otros, iluminan el texto. Un texto que permite varios niveles de lectura, desde la más poética a la más erudita; una cantera de referencias literarias, un libro que lleva a otros, como un mensajero. Estamos ante una lectura que trastorna, que compensa la entrega que exige, porque en un solo capítulo aporta más que muchas antologías. Y ante una autora de la que esperamos más desvelamientos arriesgados que nos acerquen a quiénes somos.

